

NUEVA GALERÍA HISTÓRICA

HISTORIA

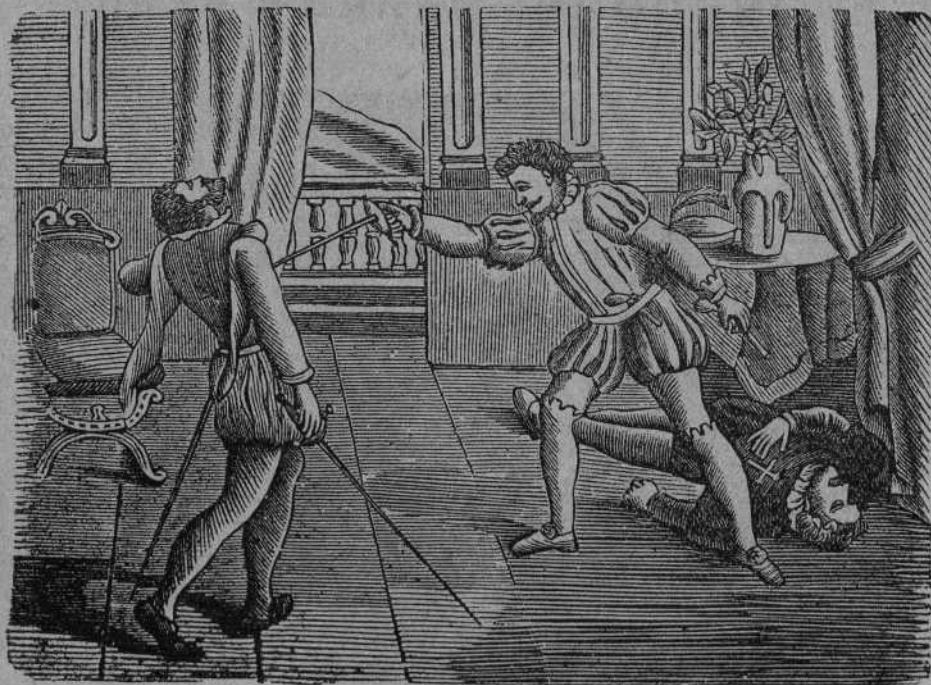
DE LA VIDA Y HECHOS

DE

DON JUAN TENORIO

ARREGLADA EN VERSO POR

José Ferré (a) Queri



REUS

Librería «La Fleca» Sucesor de Juan Grau Gené
Calle Aleus, núm. 1

NUOVA GALERIA HISTORICA

HISTORIA

DE LA VIDA Y REINADO

DE

DON JUAN TENORIO

DE LA VIDA Y REINADO

DE DON JUAN TENORIO



DE

LIBRERIA LA PLAZA SUCESOR DE JUAN GRANADOS

Calle Alamo, núm. 1

266
A

HISTORIA DE LA VIDA Y HECHOS

DE

D. JUAN TENORIO

ARREGLADA EN VERSO POR

JOSÉ FERRER (A) QUERI



REUS

Librería «La Fleca.» - Vda. Juan Grau Gené. - Aleus, 1

19290 post

t. 176184

PRÓLOGO

De quien eran D. Juan Tenorio y D. Luís.—El decreto de destierro.
La apuesta.—La taberna donde apostaron su vida.

Aquí la historia da cuenta de un gran caso que pasó; y el año en que sucedió fué el de mil quinientos cuarenta.

Noble familia vivía muy rica y acomodada y con extremo hacendado en Sevilla, Andalucía.

Tenorio eran de apellido: El padre era un tal D. Diego, y estaba en gran desasosiego pues poco ha, había perdido a su muy querida esposa, noble dama y muy honrada de todos muy apreciada y con extremo virtuosa.

Este matrimonio honrado tan solo un hijo tenían. Tanto y tanto le querían, que era su bien adorado.

Era este hijo D. Juan muy gallardo y calavera, muy arrojado y tronera, pero muy noble y galán.

Su padre sin dilación muy cuidadoso y prolijo, quiso dar pronto a su hijo una buena educación.

Que así más digno sería de su rango y su nobleza, pues su raza de pureza muy bien le pertenecía.

Y así a su hijo instruyendo, ya no le era tan penosa la pérdida de su esposa, y el dolor fué sucumbiendo.

Ya nuestro joven D. Juan

en tanto que iba creciendo más malicia iba poniendo y se volvía más truán.

Y en su tierna mocedad su carrera ya mostraba, pues la cual se declinaba en el vicio y la maldad.

Su mirar era atrevido y un tanto provocador; no le faltaba valor porque era muy decidido.

Era forzudo y robusto, alegre y de mucha gracia, y al ver alguna desgracia es lo que le daba gusto.

Orgullosa con sus fueros, tenía chanzas de loco y le importaba muy poco reñir con sus compañeros.

No pasaba un solo día que no anduviera a porrazos, porque ejercitar sus brazos era toda su alegría.

Su padre noble y honrado no ganaba para sustos, pues le mataba a disgustos su hijo tan endiablado.

Y por poder evitar desazones y quimeras, le afilió a las banderas del servicio militar.

Al ejército lo mandó de Carlos Quinto Emperador, y con su bravura y valor ser subteniente alcanzó.

La guerra estaba extendida en varios puntos de Europa,

y de D. Carlos la tropa se encontró muy abatida.

Pero D. Juan el valiente por duro que fuese el caso, él, siempre se abría paso porque atacaba de frente.

Por su heroísmo y valor y su bizarra hidalguía, cerca de él, le quería el ilustre Emperador.

Y por su familia honrar le subió a muy alta esfera, y alcanzó la gran carrera de valiente militar.

El Emperador tenía entre sus guardias tenidos, jóvenes muy distinguidos; y entre ellos un tal Mejía.

Este gran doncel, rayaba a la más alta nobleza; muy ligero de cabeza; Luis Mejía se llamaba.

Era hermoso aunque imprudente el caballero Mejía, y a D. Juan se parecía como tunante y valiente.

Los dos, hambrientos de gloria, para más fama adquirir, llegaron a discutir quien tendría más historia.

Historia de más conquistas y más difíciles lances; quien tendría más perances serios, tristes o bromistas.

Ya muy amigos los dos yendo en pos de tal fortuna, siguieron aquella tuna; ¡qué tuna válgame Dios!!

Sus familias bien sabían sus hechos escandalosos, mientras ellos vanidosos de sus padres se reían.

Dotados los dos donceles de bravura y gallardía, pasaban alegre el día entre rosas y claveles.

No respetaban edades en cuestión de las mujeres

pues por gozar sus placeres hacían atrocidades.

No tardaron en sembrar por todas partes horror. Para ellos, era un honor la honradez destrozar.

Familias nobles lloraban de sus bromas atrevidas, porque a sus hijas queridas estos viles deshonoraban.

Todo esto daba lugar a desafíos a muerte, y tenían la gran suerte en todos lances triunfar.

Causó escándalo y terror su modo de proceder, y esto lo llegó a saber hasta el mismo Emperador.

Carlos lleno de impaciencia de tan cruda villanía, llamó a Tenorio y Mejía, y les puso por sentencia:

Que quedaban desterrados fuera de España al momento por su vil comportamiento, por sus hechos y altercados.

Y si llegase ocasión de otra conducta tener, que allí podrían volver y les daría perdón.

No les causó gran pesar a los dos, esta noticia; al revés, con más malicia así esperaban gozar.

Ya a los dos la Andalucía les parecía un encierro y aceptaron el destierro con muchísima alegría.

Y así esperaban, gozar con muchas comodidades a ver las grandes ciudades, hermosos ríos, el mar.

Cambios de temperaturas, cambios de amor y de hermosas; otros perfumes de rosas; más extrañas aventuras.

Costumbres más variadas; orgías y bacanales,

más valerosos rivales,
otras Venus perfumadas.

Y deidades conquistando
volvieron a las andadas,
y haciendo calaveradas
iban los días pasando.

Ellos nada respetaban,
despreciaban los consejos,
maltrataban a los viejos,
de la virtud se burlaban.

Era tal su corazón
y tan depravado estaba,
que el infeliz que lloraba
les causaba diversión.

Si encontraban un mendigo
fuese ciego o fuese cojo,
o por risa o antojo
le quitaban el abrigo.

Eran dos tipos iguales
en hermosura y maldad,
eran la perversidad...
en fin, dos genios fatales.

El decreto de destierro
que les dió el Emperador
por suavizarlos mejor,
les puso duros cual hierro.

Por último fué preciso
el mandato respetar
y Sevilla abandonar
por salvar un compromiso.

Fueron sus padres a ver,
y a darse la despedida,
con tristeza muy fingida
y llorando... (de placer).

Sus padres, mil advertencias
les hicieron al marchar.
¿Pero quién pudo ablandar
aquellas duras conciencias?...

Entre lágrimas y penas
se abrazaron y lloraron,
y por fin, se separaron
aquellas dos piezas buenas.

Los dos amigos sinceros

un poco antes de partir,
volvieron a reunir
con algunos compañeros.

Y no en su casa paterna
ni en sitio de distinción,
porque fué su reunión
en muy pública taberna.

Allí eran amigos todos
pues parecían iguales
haciendo brindis brutales
porque estaban ya beodos.

Celebraron el despido
de aquellos dos compañeros
pues eran dos caballeros
de vicio muy corrompido.

Y apostaron con tesón,
que en el término de un año,
cual habría hecho más daño
y causar más perdición.

Cual tendría más placeres
jugando todas las suertes,
y quien haría más muertes
y deshonar más mujeres.

Aquello era un Purgatorio
de bullicio y alegría;
y apostaron por Mejía
y otros por D. Juan Tenorio.

Quedó arreglada la apuesta
muy sólida y sin engaño,
y era que al cabo de un año,
celebrarían la fiesta.

Al mismo mes, mismo día
sin dar nada de demora,
y hasta la misma hora
al punto en que sonaría.

Que allí comparecerían
los dos héroes y testigos,
añadiendo los amigos
y que juntos brindarían.

Todo quedó decidido:
cantando himnos a las bellas
rompiendo vasos, botellas,
y así se acabó el despido.

CAPITULO I

Viaje de Mejía y Tenorio

D. Juan Tenorio partió de Sevilla, ciudad bella; aquella que fué su estrella y tanto en ella gozó.

Se fué a Italia, que es belleza de candor y de hermosura, la más rica en la pintura, amor, y naturaleza.

Ligero cual la paloma, sin temor y sin manías se presentó en pocos días en la gran ciudad de Roma.

Roma, la gran capital tan bella y tan seductora que fué del mundo señora en tiempo inmemorial.

En gran palacio suntuoso Tenorio allí se hospedó, que a precio de oro pagó como rico y poderoso.

Puso en su puerta un cartel diciendo claro y notorio: Vive aquí D. Juan Tenorio si alguno quiere algo de él.

Aquel escrito en cuestión en términos tan ufanos casi a todos los romanos les llamó grande atención.

Con su gallarda figura y su mirar penetrante, rendía en un solo instante hasta a la mujer más pura.

Luego empezó a desplegar su lujo y magnificencia, y alcanzó grande opulencia por las damas conquistar.

Su carroza conducida por dos caballos hermosos bien guarnecidos, lustrosos, la cosa más presumida.

Por Roma, él se paseaba orgulloso y seductor era la nata y la flor que a las damas conquistaba.

Entre sus redes cayó un día, una princesa, la dama de más belleza que en Roma se conoció.

Sus tesoros, su hermosura, abandonó por D. Juan; su honra, todo su afán se transformó en gran locura.

Tal magnetismo tenía Tenorio con su mirada, que la virgen más sagrada suya al momento se hacía.

Pues luego la abandonó; y la abandonó tan luego, que en una casa de juego sus tesoros se jugó.

Dos hermanos de esta hermosa de estos hechos se enteraron; y a Tenorio desafiaron con ira dura y rabiosa.

Y D. Juan, bravo y feroz sin nada de compasión, les taladró el corazón dando la muerte a los dos.

Igual les cupo tal suerte a otros nobles y doncellas, tanto a ellos como a ellas les daba deshonra o muerte.

Este caso llegó a tal, y a tal extremo llegó, que el gobierno decretó darle pena capital.

Se determinó a marchar; y alegre y de buen humor, de traje de labrador se tuvo que disfrazar.

Tranquilo y de buena fé después de dar tal motín, montado en un mal rocín, hácia Nápoles se fué.

Dejando tras si el quebranto, la deshonra y la tristeza; y en gran parte de nobleza, amargura, luto y llanto,

Cuando en Nápoles se vió,
hambriento de más locuras,
otras nuevas aventuras
al momento discurrió.

Como tenía una apuesta
que se jugaba la vida,
con su conciencia atrevida
de nuevo empezó la fiesta.

Pronto lo dispuso todo;
y en la puerta de su hotel,
fijó un tremendo Cartel
que decía de este modo:

«D. Juan Tenorio aquí está:
y habéis de saber si vale,
que al mundo no hay quien le iguale,
y venido a probar ya.

Su amor es muy atrevido,
muy grande y muy colosal,
porque la escala social
toda la ha recorrido.

Desde la mayor señora
y la más alta princesa;
y desde la gran condesa
a la humilde pescadora.

Nunca ha guardado el decoro
en gozar y desafiar;
nació para disfrutar
y gastar montones de oro.

Ni en juegos, lances ni amores,
nadie ha podido igualarle,
si alguno quiere probarle
hallará sus sinsabores.

«Conquistó yo a las doncellas
con palabras seductoras,
y a muchas pescadoras
que también las hay muy bellas...»

Y es verdad esto pasaba:
con sus amigos reñía
a todos ellos vencia
y vilmente maltrataba.

Muchos esposos burlados,
rabiosos se defendían,
pero a sus plantas caían
por su espada atravesados.

Iba a las casas de juego:
y muchas veces ¿Que hacía?
Todo el dinero cogía
y con él marchaba luego.

Si alguno al ver este punto
se oponía a tal acción,
Tenorio sin compasión
le dejaba allí difunto.

De este modo lo arreglaba
para poder derrochar,
y con lujo malgastar
todo cuanto se le antojaba.

Seis meses permaneció
Tenorio en esta ciudad,
y en los actos de maldad
nuestro D. Juan se encontró.

Siempre por donde pasaba,
se burlaba y se reía,
la virtud escarnecía
y a la justicia burlaba.

Al ver a una niña hermosa
cantaba luego Aleluya,
luego se la hacía suya
pues tronchaba aquella rosa.

Era tal su atrevimiento
y tan grande su vileza,
que en la menor ligereza
penetraba en un convento.

Hacía cuanto quería
pues los claustros escalaba,
y cuando su sed saciaba,
de la Santa casa huía.

Siempre por donde pasaba,
como un huracán malvado
horrible y desenfrenado,
la desgracia allí dejaba.

Su gran amigo D. Luís
astuto como una ardilla,
al marcharse de Sevilla
se dirigió a un gran país.

En Flandes se fué a parar.
Había en aquella tierra
entonces, tan cruda guerra
que hacía al mundo temblar.

Se metió en la gran ciudad,
y entre mil cosas extrañas
empezó grandes hazañas
con toda tranquilidad.

Pasó los primeros días
mal contento y disgustado,
porque no era de su agrado
ver tan pocas tropelías.

Por fin, se determinó con su impaciencia y no escasa, que a la puerta de su casa un gran cartelón plantó.

Y el gran cartelón decía: «Es por mí el placer mejor, el combate y el amor: firmo yo: D. Luis Mejía.»

Era preciso empezar; y a meter tropel y ruido y a dar algún estallido y al público provocar.

Tenía la vida apuesta, con Tenorio Luis Mejía, y si acaso la perdía él cargaría la fiesta.

Al principio, el caballero para poder figurar tuvo que desembolsar muchísimo de dinero.

Vivía en lujo extremado como si fuera un monarca, pero el oro de su arca ya casi estaba agotado.

Falto de dinero ya, tuvo el lujo que dejar y empezar a meditar él como lo arreglará.

Por fin, se determinó; salió al campo decidido, y como que era atrevido dentro un bosque se colocó.

Anduvo algunos senderos, ya la paciencia acababa, y al poco rato que andaba encontró unos bandoleros.

Mejía no se asustó, más pronto tuvo alegría; nada menos, que Mejía con los ladrones se unió.

Unido ya a la partida de esos viles malhechores, pasaba días mejores poniendo en riesgo su vida.

Siempre movía altercados, por poco, ya se enfadaba, y amenudo disputaba con sus amigos malvados.

Pero un día sucedió un caso muy imprevisto, que Mejía fué tan listo que hasta al capitán mató.

Los bandidos le adornaron por tan bravo y tan valiente nada, que allí de repente por capitán le nombraron...

Una noche, solo estaba dentro de su madriguera, y el tuno con gran manera sus negocios arreglaba.

Cargó con todo el botín; oro, sortijas, diamantes, cajas de perlas, brillantes, y al campo salió por fin.

Cogió un caballo ligero, y aquella noche escapó, y a Alemania se marchó, rico como un caballero.

Puesto en Alemania ya hizo igual que Juan Tenorio, venga lucir y jolgorio, y lo que fuere soñará.

Al fin tuvo que escapar, pero a cajas destempladas; pues había órdenes dadas que le habian de matar.

El bandolero D. Luis, para completar su historia y reconquistar más gloria se fué al momento a París.

Luego que a París llegó, para ser gran caballero empezó a gastar dinero y un gran palacio alquiló.

Puso rótulo en la puerta que decía llano y liso:

«Parisienses, os aviso de que estéis todos alerta.

Aviso a malos y a buenos que yo tengo gran nombradía: Aquí está D. Luis Mejía que vale por dos lo menos.

Sus deseos e intereses son los de gozar placeres, seducir a las mujeres y refir con los franceses,

Gran ruido esto metió, y sin andarse en rodeos, fué buscando sus deseos hasta que los encontró.

Pobres, ricas, aldeanas, todas le daban locura, pero en cuanto a hermosura buscaba las más galanas.

Con oro y a cuchilladas alcanzó cuanto quería, de ellas después se reía al dejarlas desgraciadas.

Le protegía la suerte a este seductor impío, pues en ningún desafío pudieron darle la muerte.

Medio año estuvo en París; no hubo ningún altercado donde no se hubiese hallado este maldito D. Luís.

El año se iba a cumplir del pacto hecho con Tenorio, y era muy obligatorio pronto a Sevilla acudir.

Los dos amigos leales bien el tiempo aprovecharon, por que casi se igualaron a viles y a criminales.

De todo cuanto pasó a tan viles camaradas,

por dadas o por tomadas, Sevilla bien se enteró.

El buen padre de Tenorio que estos hechos ignoraba, entre tanto preparaba un hermoso desposorio.

De su hijo con D.^a Inés hija de un comendador, gran caballero de honor, noble, de grande interés.

Don Gonzalo se llamaba, Ulloa era su apellido, de todo el pueblo querido y el pueblo le respetaba.

La voz de la gran maldad de entre Tenorio y Mejía, de boca en boca corría por dentro de la ciudad.

D. Gonzalo se enteró al instante, al mismo día; y todo cuanto sucedía a D. Diego lo contó.

Prevenidos se quedaron para presenciar la fiesta, de aquella maldita apuesta que aquellos viles trataron.

Llegó el día señalado de aquella terrible cita, y a la taberna maldita fueron allí de coutado.

CAPITULO II

La taberna de Botarelli y los enamorados.

El plazo cumplido.—Otra apuesta.—Prisión de Tenorio y Luís Mejía.

El plan de ataque el devocionario y el billete.

Ya la noticia corría, y quedó el pueblo enterado, que a Sevilla habían llegado D. Juan Tenorio y Mejía.

La taberna ya citada estaba muy concurrida, de gente mal parecida con trazas de poco honrada.

Plebeyos y militares, genios los más libertinos, tragando exquisitos vinos

y diferentes manjares.

En las mesas esparcidas, había en una de ellas dos copas y dos botellas de las mejores bebidas.

De antemano preparado lo tenía el tabernero; un lujoso candelero y una silla a cada lado.

En otra mesa apartados, había varios caballeros

alegres y placenteros disputando la jugada.

Gastadores de moneda y amantes de niñas bellas. Había allí un tal Centellas capitán, y Avellaneda.

Eran intimos amigos de Tenorio y de Mejía; y otros varios que allí había de la apuesta eran testigos.

Todos los ocho esperaban con ansia devoradora, por ver si al punto y la hora los héroes se presentaban.

Presentóse allí un anciano embozado, y por disfraz, llevaba un negro antifaz y una moneda en la mano.

Muy quedito y con cuidado con el tabernero habló; la moneda él le entregó, y se retiró en un lado.

Al cabo de un rato de esto, otro anciano igual se enteró, el antifaz se arregló y se asentó al lado opuesto.

D. Gonzalo y el otro D. Diego eran aquellos ancianos, y por ver a estos villanos estaban con desasosiego.

Un silencio supulcral causó, un teñido muy lento; pues daban en tal momento las ocho en la catedral.

A la postrer campanada, entraron dos caballeros, brillantes como luceros con su ropa engalonada.

Puesto el antifaz llevaban; y ante la mesa dispuesta, para celebrar la apuesta risueños se presentaban.

Sin conocerse se hablaron como es cosa muy sencilla; cada cual cogió su silla, y hasta se la disputaron.

Apenas se conocieron; pues para estar más seguros

y salir luego de apuros el rostro se descubrieron.

Eran Tenorio y Mejía los famosos caballeros; y al punto sus compañeros les mostraron su alegría.

Tras Tenorio, su criado estaba de pié escuchando todo cuanto iban hablando muy atento y con cuidado.

Mejía el suyo tenía también muy listo y atento, no olvidando ni un fragmento de cuanto allí se decía.

Los dos ancianos miraban silenciosos y embozados a aquellos viles malvados; cuanto hacían o lo que hablaban.

Ya los dos héroes brindaron: Cuando el brindis concluyó, D. Juan Tenorio empezó y los demás escucharon.

—Señores:—dijo—ha un año, que aposté con Luis Mejía, cual de los dos, causaría más perjuicio y más daño.

El plazo cumplido está; nuestra apuesta fué la vida, es una apuesta atrevida pero está apostada ya.

Vosotros, jueces seréis de nuestro gran desacato: Voy a empezar mi relato y después me juzgaréis.

A Sevilla abandoné por una orden superior que era del Emperador, y está claro, me alargué.

Pasé a Italia, tierra hermosa, tierra de placer y amor; y allí, sembrando el terror dejé, como si tal cosa.

Si todo lo he de contar, lo dulce, blando y amargo, sería el cuento muy largo y os lo voy a abreviar.

Tanto en Nápoles como en Roma he dejado gran memoria,

y cuidado que mi historia tiene pesada la broma.

Pues todo lo atropellé: cuanto quise conseguí; y se habló mucho de mí porqué nada respeté.

En un papel apuntado traigo mis hechos, amigos; y apuntados los testigos que todo lo han presenciado.—

D. Juan Tenorio, sacó un papel de su escarcela, y con graciosa cautela a Mejía lo entregó.

Después D. Luis Mejía contó cuanto había pasado, y en un papel apuntado todos sus hechos tenía.

Y contaron veinte y tres sus muertos en desafíos, sin algunos extravíos que olvidar lo fácil es.

Cinuenta y seis sus conquistas, que es ya mucha atrocidad; y cuidado si era verdad pues lo afirmaban sus listas.

Los amigos le admiraron de su vil atrevimiento, y en seguida con atento las de D. Juan escucharon.

Pues la admiración creció al sumar las otras listas, pues Tenorio en sus conquistas a todos estremeció.

Treinta y dos muertes contadas; y por lograr sus placeres, setenta y dos las mujeres que por él fueron burladas.

Tenorio ganó la apuesta; y Mejía le decía que mejor la ganaría teniendo otro fin la fiesta:

—Que si quieria probar por ganar con más justicia conquistar una novicia poco antes de profesar.

Y para mejor gozarse, para completar su estrella,

seducir a una doncella que vaya con otro a casarse.

D. Juan prometió a Mejía cumplir bien sus profecías, y que en menos de seis días lo pactado cumpliría.

El comendador airado al punto se levantó, y a los dos se dirigió con furia y malhumorado:

Y les dijo:—¡Oh malvados! ¿vosotros sois caballeros? Por vuestros hechos tan fieros mereciérais ser ahorcados.

Y tú Tenorio malvado, hombre de mal corazón; vienes en buena ocasión para cumplir lo pactado.

A tu padre prometí, que mi Inés, la hija mía, pronto tu esposa sería creyendo otro hombre en tí.

Pero antes de consentir en que sea ella tu esposa, yo mismo abriré su fosa; prefiero verla morir.—

Y con genio algo malo, descubrióse el rostro y dijo:—Mirame D. Juan, mal hijo, mírame, soy D. Gonzalo.—

Y Tenorio firme y recio; sin sentir ningún trabajo, lo miró de arriba abajo con muchísimo desprecio.

Y dijo:—Comendador: tu hija no quieres darla, pues yo te juro robarla porque me sobra el valor.—

Pues sí, si la robaré: esta me falta en la lista como a célebre conquista; lo prometo, y cumpliré.

Mejía también ya tiene su novia risueña y bella para casarse con ella: y a la semana que viene.

¡Ay pobre D. Luis Mejía! Sea fuerte o sea floja,

a D.^a Ana de Pantoja también voy a hacerla mía.

Seré acérrimo y formal; será la última conquista para completar mi lista y después, punto final.—

El comendador le dió, de desprecio una mirada, y oyó una voz angustiada que atentamente escuchó.

Era esta voz de D. Diego; que acercándose a su hijo, en seguida le maldijo con ira y gran desasosiego diciéndole:—Vil D. Juan, mi desdicha y vil afrenta, los rayos de una tormenta hoy a aniquilarte van.

Fiera malvada, ay de tí! mortal miserable y necio, te aborrezco, te desprecio, pues ya me alejo de aquí.—

Tenorio se estremeció de rabia, pues con su mano, el antifaz del anciano de un tirón se la arrancó.

Cometiendo acción tan fiera, quedó confuso, aterrado, porque dió por resultado que aquel viejo su padre era.

Tenorio pidió perdón diciéndole:—Padre mío, esto ha sido un extravío pero no mala intención.—

D. Diego le contestó:—Me marcho ya, vil impío, tú ya no eres hijo mío, ni ya soy tu padre yo.

Sigue tu mala intención llena de oprobio y encono, miserable, te abandono y te doy la maldición.—

Todos parados quedaron al ver un cuadro tan malo; y D. Diego y D. Gonzalo, juntos de allí se marcharon.

Tenorio: como si nada: ya fuera los viejos vió,

en el momento soltó muy tremenda carcajada.

Luego otro brindis echaron como buenos bebedores y dijo Tenorio:—Señores— Aquí todos escucharon:

—Tengo jugada la vida sino cumplo mis deberes en conquistar dos mujeres, ¡Es empresa algo atrevida!

Cumpliré por mi interés robar porque se me antoja a D.^a Ana de Pantoja y después a D.^a Inés.

Yo antes de seis días a las dos seduciré; la vida me quitaré si no me las hago mías.

Como soy tan buena pasta tendré traza en conquistarlas; pues yo para enamorarlas un solo día me basta, otro para conseguirlas; un rato para quererlas, medio para aborrecerlas, y dos para sustituirlas.

Y en teniendo otras de nuevas, muy fácil puedo olvidarlas y a todas abandonarlas. ¡Qué tal! ¿Os gustan mis pruebas?

Amigo D. Luis, ya veis que en esta nueva partida os ganaré otra vez la vida, no una, sino hasta seis.

Tomad vuestras precauciones, que no me impediréis, no, el que pueda cumplir yo mis formales intenciones.—

Mejía vióse apurado de ese Tenorio atrevido, y en seguida habló al oído de Gastón, su fiel criado.

Tenorio, así que esto vió temió una mala jugada, al punto dió una palmada y su criado acudió.

Le habló muy secretamente a solas y con gran cuidado,

y Chuti su fiel criado se marchó ligeramente.

Gastón ya estaba advertido y su quehacer ya sabía, a una seña de Mejía marchóse muy decidido.

Ya todos allí charlando alborotando y bebiendo, y de sus maldades riendo, se iba el tiempo pasando.

Así el tiempo transcurría; pero un gran chiste pasó, que al punto se presentó la justicia o policia.

Pronto a Tenorio prendieron sin darle tiempo de nada, pues le quitaron la espada porque así le sorprendieron.

Mejía de él se reía porque orden ya había dado a su escudero o criado, para prenderlo aquel día.

Pero su gozo cambió; pues mientras reía así, otra ronda se fué allí y al tal Mejía prendió.

Se reían, se burlaron de lo que les sucedió: el uno al otro acusó pero a los dos se llevaron.

La misma noche del día en que a los dos encerraron en libertad ya se hallaron Tenorio y D. Luis Mejía.

Esto es muy fácil sabido; porque a fuerza de dinero, compraron al carcelero y está el asunto entendido.

Pero Tenorio creía que aún Mejía estaba preso, y también creía eso de Tenorio Luis Mejía.

D. Juan tenía un criado que era este Chuti, muy diestro, y era tal, cual su maestro por tuno y espavilado.

Pues sabía secundar de D. Juan las travesuras

pues muy nuevas aventuras pronto habian de pasar.

D.^a Inés, la hermosa niña, purísima cual fresca rosa, inocente, y más hermosa que una flor de la Campiña.

En un convento encerrada se hallaba ya, y sin malicia allí estaba, cual novicia, y estaba muy vigilada.

Y la cuidaba una vieja que Brigida se llamaba, miedosa, poco chillaba, muy hipócrita y maleja.

Chuti el encargo tenía de comprar a esta mujer, porque así, su gran deber fácilmente cumpliría.

Después de esto, ya otro encargo le era forzoso cumplir y era: un camino abrir, pero que no fuese largo.

Lo hacia de buena gana, porque este camino, solo era para que D. Juan pudiera conquistar bien a D.^a Ana, Chuti pronto lo arregló; pues tenía nada menos dos bolsillos de oro llenos que su amo D. Juan le dió.

Y un devocionario hermoso que valia un gran tesoro, con lindas cubiertas de oro de un trabajo primoroso.

Dentro de él, iba después escrito con gran ardor, un billetito de amor y era para D.^a Inés.

Con esto, Chuti embistió dando vueltas cual la abeja, hasta encontrar a la vieja y al punto la conquistó.

Le entregó luego un bolsillo, por la orden de D. Juan, y ella luego con afán lo cogió, viendo su brillo.

Chuti le dijo después: que D. Juan tenía intento

de penetrar al convento por robar a D.^a Inés.

Y que si oro apetecía pronto se lo iba a dar, que pudiendo esto alcanzar que todo se lo daría.

El caso se arregló al fin, Brigida le dió al momento para escalar el convento una llave del jardín.

Y Chuti el strafalario alcanzó lo que buscó, y a la vieja despidió dándole el devocionario.

Brigida con gran interés fuese en seguida al convento para entregar al momento aquel libro a D.^a Inés.

La vieja al convento entró; y ya en la trampa metida, aquel librito en seguida a D.^a Inés entregó.

Y le dijo:—que un galán sería su hermosa estrella; que se moría por ella, y se llamaba D. Juan.—

Y aquella flor de candor, todo lleno de contento, tomó aquel libro al momento y lo besó con ardor.

Su pecho se dilataba, su corazón loco ardía; y ella misma, no sabía lo que en su interior pasaba.

El devocionario abrió, temblorosa, medio incierta, y de dentro la cubierta, un billetecito cayó.

Ella llena de ansiedad lo cogió, y no se atrevía a leerlo, pues temía un engaño o falsedad.

Mas la vieja la obligó dándole ánimo y valor, y aquel bello angel de amor, lo desdobló y lo leyó.

Decía el billete así:

—Bella paloma enjaulada, mi prenda la más amada, D. Juan se muere por ti.

Astro de mi norte y guía luz de donde el sol la quita, hermosa aurora bendita, consuelo del alma mía.

Encerrada en estos muros que el verlos causan penar, ven conmigo a respirar aires más libres y puros.

Mis ojos mirando están tu encierro y tu celosía, ven pronto esperanza mía a los brazos de D. Juan.

Huye ya de esta mansión de tristeza y de amargura, porque D. Juan te asegura darte su fiel corazón.

Yo no vivo sin amarte, y adios sol del firmamento; adios que al pié del convento está D. Juan por salvarte.—

Aquella carta de amor tan buen resultado dió, que al pecho de Inés ardió un volcán abrasador.

Y este ardoroso volcán, tal de amor la puso ansiosa, que no pensaba en más cosa que en su adorado D. Juan.

Mientras esto acontecía Chuti con mucho primor, pintando estaba el amor a la criada Lucía.

A esta criada de D.^a Ana, Chuti mucho oro le dió, y así una cita alcanzó de aquella niña galana.

Todo estaba preparado. A las nueve, era su intento robar a Inés del convento y a las diez otro atentado.

A la D.^a Ana robar, prometida de Mejía; jugaron que así se haría y pelillos a la mar,

CAPITULO III

El convento.—El rapto y la fuga.—Escena amorosa.—Los dos vengadores.

La humilación y el infierno vencen.

Serían las ocho apenas de una noche, como aquellas que apenas se ven estrellas por no estar mucho serenas.

Las calles todas desiertas, porque cuando anocheecía, allí la costumbre había de cerrar todas las puertas.

D. Juan Tenorio salió con Chuti y varios criados, pero todos bien armados, y sigilo les mandó.

Donde vivía D.^a Ana oyeron hablar, y era de una voz que estaba fuera y otra dentro a la ventana.

D.^a Ana, la voz de dentro; la de fuera de Mejía; jamás Tenorio creía haber hecho tal encuentro.

D. Juan empezó a avanzar; Mejía le conoció, y hacía él se adelantó para su paso estorbar.

Al punto se conocieron; la espada desenvainaron, el combate prepararon pero reñir no pudieron.

Chuti y dos criados más con astucia y picardía, sugetaron a Mejía llevándoselo hacía atrás.

Y D. Juan, con risa loca dijo:—criados, atadlo y en mi bodega encerradlo, y tapadle bien la boca.

Direis que es una traición pero así se ha de jugar, para la apuesta ganar me valgo de la ocasión.—

Chuti y Tenorio, al momento, como que el tiempo era breve

porque daban ya las nueve, dirigiéronse al convento.

Una escalera apoyaron en la pared del jardín que D. Juan la subió al fin, y el gran rapto preparon.

La llave D. Juan tenía que Brigida había dado a Chuti, pues bien pagado la tal bruja lo tenía.

A las ánimas tocaban: Ya al claustro estaba D. Juan, y ardiendo como un volcán sus pulmones se abrasaban.

Todas las monjas estaban en sus celdas recogidas, rezando o quizás dormidas, rezando lo que acostumbraban.

Inés, atenta escuchaba a Brigida la traidora; mientras la vil seductora a su víctima engañaba.

Presentóse allí D. Juan risueño y encantador Inés dió un ¡ay! de amor al ver tan bravo galán.

Hácia a sus brazos voló, loca de amor, delirante; y ya en sus brazos, al instante D.^a Inés se desmayó.

Pocos momentos después, ya no había en tal morada ni Brigida, Chuti, ni nada, ni D. Juan ni D.^a Inés.

Y los cuatro cabalgando caballos con buena silla, se alejaron de Sevilla muy aprisita y volando.

La fuga ya no paró; de modo, que al fin llegaron a una quinta que encontraron, que antes D. Juan la compró.

Luego Inés, fué colocada en rico lecho adornado, y con esmero y cuidado por Brigida vigilada.

Chuti y Tenorio, al momento hácia Sevilla volvieron, y al punto se dirigieron a cumplir el otro intento.

Fueron a casa D.^a Ana, y así que daban las diez, Chuti con gran sencillez dió la seña a la ventana.

Esta al momento se abrió, y al punto asomó Lucía, pues ya la seña tenía porque Chuti se la dió.

Pero Tenorio, con brillo, con su farsa y su talento la conquistó en el momento dándole de oro un bolsillo.

La puerta le abrió Lucía; Tenorio en la casa entró, y en el cuarto se metió donde D.^a Ana dormía.

Cerró la puerta tras sí. Era un héroe en conquistar; No podemos explicar lo que pasaría allí.

Ya satisfecho quedó: y de Sevilla salía él con Chuti y se reía porque la apuesta ganó.

En sus caballos montaron, apretaron a correr, y antes de amanecer a su gran quinta llegaron.

D.^a Inés, bella y hermosa, del desmayo que cogió, muy tranquila en sí volvió, muy risueña y cariñosa.

Y con delirio y afán y de ardiente amor que estaba, con locura preguntaba por su querido D. Juan.

Al ver tan rico aposento quedóse algo sorprendida, porque conoció en seguida que no estaba en el convento.

Y Brigida le contó que el convento estaba ardiendo, y del incendio tremendo, a las dos D. Juan salvó.

Y que él arriesgó su vida su fortuna y bienestar, tan solo para salvar a su Inés dulce querida.

Ya D.^a Inés deliraba por ver D. Juan al momento, pues todo su pensamiento era este D. Juan que amaba.

D. Juan se le presentó hermoso, bello y radiante de un amor fiel delirante, y a Inés la mano tomó.

Y con gracia y con dulzura y con cariño y candor, le contó su puro amor con fé, lealtad y ternura.

Pues todo cuanto pasó en su borrascosa vida, a su hermosa Inés querida fué la única que amó.

— Y la dijo cariñoso:

— Hermosísima Inés mía, astro que mi planta guía resplandeciente y luminoso: Aquí hallarás el reposo la dicha y tranquilidad.

Dime prenda: ¿No es verdad que esto da mayor contento que aquel fétido convento de claustros y soledad?

— ¿Ves desde aquí la pradera engalanada de flores de bellísimos colores por la hermosa primavera? ¿Ves la tranquila ribera cuan pura, bella y divina transparente y cristalina como baña el fértil suelo? ¿No es verdad angel del cielo que es cosa muy peregrina?

— Ves barquillas, ves las flores?



¿No es verdad dulce paloma?
Respira más dulce aroma;
oyes cantar ruseñores.
Ellos cantan mi pasión.
Esto ya no es ilusión
que es la pura realidad;
angel mío ¿no es verdad
que esto roba el corazón?

—
En fin, yo te amo y te adoro,
y por quererte deliro;
ya ves que de amor suspiro
y tu cariño yo imploro.
Pues con acento sonoro
te suplico bella flor,
que me des por gran favor
aquel sí puro y brillante;
ya ves que D. Juan tu amante
se está muriendo de amor.

—
Y D.^a Inés respondió
al punto y sin vacilar:
D. Juan, si me has de amar
toda tuya ya soy yo.

Tu amor en mi penetró
con la más dulce ilusión,
es ardiente mi pasión,
tú solo has de consolarme.
¡Por Dios! Si dejas de amarme
arráncame el corazón.—

Al momento Chuti entró
y dijo sobresaltado:
Que abajo, un hombre embozado
por D. Juan le preguntó.

Tenorio dijo al momento:
—Que entre, verá quien es:—
Y condujo a D.^a Inés
en un contiguo aposento.

De vengarse con afán
entróse allí el embozado,
y dijo desesperado:
Vengo a Mataros D. Juan.—

Este era D. Luis Mejía;
mas D. Juan de él se burló,
pues dos veces le ganó
la vida, bien lo sabía.

Mejía ya delirante,
le insultó en mala manera

porque con él se batiera en el mismísimo instante.

Así que se iban a luchar, o a batirse como fieras para acabar sus quimeras, el criado volvió entrar.

Diciendo a D. Juan:—Señor,— con voz algo entrecortada, que abajo, con gente armada estaba el Comendador.

Y D. Juan le contestó: Que entre sólo, le dirás, y que aguarden los demás pues por todos basto yo.

Y vos D. Luís Mejía, retiraos un momento aquí, en este aposento, que después, la cuenta es mía.

No vais a quedar pendiente; haced esto por favor: por recobrar vuestro honor no vayáis tan impaciente.

Mejía mal humorado

al punto se retiró, y el Comendador entró furioso y desesperado. Pronto éste pidió a su Inés, su hija, el bien de su alma, y D. Juan le dijo:—Calma, que esto ya vendrá después.

Mira D. Gonzalo, escucha. Esa tu Inés tan hermosa, yo la quiero por esposa pues mi voluntad es mucha.

Yo prometo ser honrado; y te juro por mi honor, que tú serás mi señor, y yo tu humilde criado.

Arrodillado te pido a tu hija, y tu perdón, D. Gonzalo, compasión yo juro ser su marido.—

—Miserable.—Dijo airado: el Comendador al punto: —No se como ya difunto al sitio no te he dejado.



Mi hija te pido yo,
traidor, cobarde, ladrón.—
Y en tan crítica ocasión
D. Luis Mejía salió.

Y viendo a D. Juan postrado
y en posición tan sumisa,
D. Luis, lo tomó a risa
ver al león humillado.

Aquí D. Juan perdió el freno,
y empezó la batalla,
amartilló su pistola,
y estalló el rayo y el trueno.

Apuntó al Comendador,
hizo fuego en tal acierto,
que Gonzalo, cayó muerto
con el más triste dolor.

Pronto la espada sacó,
y con furiosa hidalguía,
al noble D. Luis Mejía
el pecho le atravesó.

Ya la justicia iba a entrar
para prender a D. Juan,
más éste con ciego afán
le fué preciso escapar.

D. Juan se asomó al balcón
y a la ribera saltó,
y al momento se embarcó
buscando su salvación.

Sin fatiga y sin quimera,
tranquilo y despreocupado,
se marchó con su criado
a tomar tierra extranjera.

CAPITULO IV

El panteón y el escultor.—El desafío a los muertos.—Aparición de una som-
bra querida.—Escena fantástica.—El arrepentimiento.

Conclusión muy interesante.

Cinco años pasó D. Juan
en Italia de igual modo
que cuando lo hacía todo
y con mucho más afán.

Pero ya se fastidiaba,
de todo ya se aburría,
porque de noche y de día,
siempre en D.^a Ana pensaba.

Por fin se determinó,
viendo que en juego y mujeres
ya no encontraba placeres,
a Sevilla se volvió.

El incógnito guardaba,
pues D. Juan muy bien sabía,
que sin cesar noche y día
la justicia lo buscaba.

En Sevilla penetró
en noche muy oportuna;
clara brillaba la Luna;
nadie con él se fijó,

Lo que le dejó parado;
que el palacio en que él vivía,
entonces ya no existía,
pues todo había cambiado.

Tuvo gran admiración,

pues lo encontró tan distinto
que dentro su hermoso recinto
había un gran panteón.

Quien lo mandó construir
como edificio notorio,
fué su padre, D. Diego Tenorio
muy poco antes de morir.

Con la condición que dijo:
que se enterraran en él,
los que a la mano cruel
sucumbieran de su hijo.

Más D. Juan se decidió,
y con su capa embozado,
entreabrió el enverjado
y hacia adentro se metió.

Varios sepulcros había
en el recinto mortuario;
El del padre de Tenorio,
también el de Luis Mejía.

Hasta el del Comendador;
y finalmente después
también vió el de D.^a Inés
que le causó gran dolor.

Sobre cada sepultura
una hermosa estatua había,

del que en la tumba hacía,
con idéntica figura.

D. Juan Tenorio notó
con ciertos pasos que oía,
que allí una persona había
y hacia ella se dirigió.

Esta era el escultor
que estaba haciendo el despido;
pues ya había concluido
aquella obra de primor.

Tenorio, sin dilación
respetuoso y consecuente,
con el bravo inteligente,
entabló conversación.

Este al punto le explicó
cuanto allí había ocurrido
en el tiempo transcurrido
todo cuanto allí pasó.

De D. Diego su muerte;
y que una tal D.^a Inés
también sucumbió después
con muy desgraciada suerte.

Tenorio se estremeció
al oír que su querida,
por su amor perdió la vida,
y él, su muerte ocasionó.

Entonces con gran dolor
y con triste languidez,
sintió por primera vez
por ella, el más fuerte amor.

Y al mirar aquel tesoro
que aquel escultor labró,
al punto le regaló
un bolsillo lleno de oro.

Le pidió con cortesía
que las llaves le entregase
y que sólo le dejase
hasta que fuese de día.

El estatuario no quiso
de ningún modo ceder,
porque esto venía a ser
para él gran compromiso.

D. Juan le contestó al punto:
—Por Vida de Satanás!...
Si las llaves no me das
te quedas aquí difunto.

Sal de este sitio mortuario
aprisa y sin responder

imbécil, has de saber
que yo soy D. Juan Tenorio.—

Las llaves pronto entregó
el escultor espantado,
y con el pelo erizado
muy aprisa se largó.

Solo allí quedó D. Juan;
y con tristes pensamientos
contempló los monumentos
con anhelo y con afán.

Y al ver de D.^a Inés
quedóse triste y vencido,
se postró humilde y rendido
con el más vivo interés.

Allí su orgullo acabó,
volvióse un manso cordero;
y con tono lastimero
y acento triste, exclamó:

—Oh mi D.^a Inés querida!...
Soy un vil y un miserable...
solo yo soy el culpable
que a tí te falte la vida!...

Maldigo mi infausta suerte,
¡perdón bella Inés perdón!...
Dios mío, en esta ocasión
dadme al instante la muerte.—

Ya abatido del tormento,
del dolor y amargura,
notó, que la sepultura
había hecho movimiento.

Se levantó despavorido,
y creció más su interés:
pues la estatua de D.^a Inés
había desaparecido.

Y dijo como aterrado:
—Dios mío, por compasión
decidme si es ilusión
todo cuanto aquí ha pasado:—

Y en el momento observó
que un bello vergel de flores,
despedía resplandores
y fascinado quedó.

Y en la aroma perfumada
de las flores dulcemente
como un sueño y de repente
se creyó ver a su amada.

Que le decía:—D. Juan,
esto no son ilusiones,

pues nuestras dulces pasiones,
al fin juntas dormirán.

Yo entregué mi alma a Dios,
porque de cierto sabía,
que la tuya salvaría
y así salvó a las dos.

D. Juan, si tú obras bien,
a los dos nos salvarás,
o sino te perderás
perdiéndome a mí también.

Medita bien lo que digo
que así estarás con ventura
en mi misma sepultura
eternamente conmigo.

Solo esta noche nos dan
para nuestra salvación,
edulce tu corazón
mi más querido D. Juan.—

Todo en silencio quedó:
y aquella voz, los olores,
los brillantes resplandores,
todo desapareció.

D. Juan se quedó aterrado...!
pues observó en un momento,
que estaban en movimiento,
los fantasmas a su lado.

Creyendo que era un ultraje
rabioso se adelantó,
y luego como antes tomó
su bravura y su corage.

Diciendo:—Fantasmas vanos;
vuestro aspecto no me arredra,
a vuestros lechos de piedra
yo os volveré con mis manos.

No me dáis miedo ni horror
pues por mi sois muy esquivos;
jamás ni muertos ni vivos
humillaréis mi valor.

Que algunos de aquí maté
nadie en el mundo lo ignora,
si quereis venganza ahora
otra vez os mataré.—

Avellaneda y Centellas
muy cerca de allí pasaban,
y atentamente escuchaban
de Tenorio las querellas.

En el panteón se entraron
con paso firme y sereno,

y a D. Juan casi sin freno
y despavorido encontraron.

Le preguntaron: que era
lo que allí sucedía,
y D. Juan con energia
contestó de esta manera.

—Amigos: me ha parecido
que estos de mi se burlaban,
y altivos me amenazaban
y nada: asunto concluido.

Y he tenido la manía
y orgullo en querer decir:
si volviesen a vivir
que otra vez los mataría.

Y si quereis de este amigo
saber lo que aquí a pasado,
vámonos ya de contado,
venid a cenar conmigo.

Los tres solos cenaremos:
y acabaré por decir,
que si estos quieren venir
también los convidaremos.

Y los dos amigos juntos,
porque más no se alarmase,
dijéronle que en paz dejase
a aquellos pobres difuntos.

Mas Tenorio con tesón
volviendo a su buen humor,
al busto del Comendador
le dijo en tono burlón:

—Comendador te convidó
porque vengas a cenar;
pienso no lo has de aceptar
por ser el más ofendido.

Dirán que no puede ser,
pero así a mí me interesa;
nada: para tí en mi mesa
haré un cubierto poner.

Cenando, podrás contarme
lo que pasa por allá,
porque así, sabré quizá
lo que allí ha de pasarme.

En fin, si vienes, los dos
fácil nos entenderemos.
Hay qué risa... vá, marchemos;
vaya D. Gonzalo, adiós.—

Fueron los tres de contado
en noche tan misteriosa,

en una casa suntuosa que Chuti había comprado.

En un salón muy hermoso, profusamente alumbrado, buenos muebles alfombrado, en fin lo más delicioso.

Manjares de cosa buena, buenos vinos y licores, y de aromáticas flores, había una mesa llena.

Una silla y un cubierto había puesto a un lado; y esto estaba preparado para el convite del muerte.

Junto a la mesa sentados los tres amigos cenaban, y bebían y charlaban muy alegres y animados.

Tenorio allí les decía alegre y de buen humor, que él mató al Comendador y que cinco años ya hacía.

Mientras todo esto contó con su genio libertino, llenó una copa de vino y por el muerto brindó.

Pero al levantar el brazo al momento de brindar, se oyó a la puerta llamar con un fuerte aldabonazo.

El criado que allí estaba, en el balcón se asomó; y en la calle a nadie vió y extrañando quien llamaba.

Volvieron a llamar luego, y a Chuti dijo D. Juan:

—A los que llamando están con la pistola hazles fuego.

Otra vez llamar se oyó, pero que esta vez ya era dentro en casa, en la escalera; aquí Chuti ya tembló.

Y Tenorio con enojo por terminar este asunto, sus pistolas tomó al punto, y echó a la puerta el cerrojo.

Luego se volvió a sentar con calma y tranquilamente

dijo:—El que aquí entrar intente muy caro lo va a pagar.—

Ya en la puerta del salón golpes más fuertes se oyeron, aquí todos ya sintieron una extraña confusión.

Chuti, con gran tremolina lleno de espanto y de miedo para salir del enredo fué a esconderse en la cocina.

Y D. Juan con gran talento, con su bravura y valor, dijo al fin:—Comendador, si acaso eres tu, adelante.

Pronto la pared se abrió:

D. Juan Tenorio se asombra, de D. Gonzalo la sombra, delante de él se presentó.

Tenorio parado queda; se quedan aletargados aquellos dos convidados: Centellas y Avellaneda.

Dijo la sombra al momento:—D. Juan te causo sorpresa; yo convidado en tu mesa estoy, y aquí me presento.

Quizás ya no me esperabas, insensato y atrevido, pues ya ves que yo he cumplido lo que por burla tomabas.—

—Mientes—contestó D. Juan; —Lo que yo prometo es cierto; pues la silla y el cubierto preparados aquí están.

Pero te debo advertir porque mi valor tu veas, que seas tu lo que seas de aquí no vas a salir.

Levantáos, capitán...— Y dijo la sombra al momento: —Si yo de aquí no me ausento, nunca se levantarán.

Yo también soy muy cumplido y no me gusta el faltar, y a un espléndido cenar Tenorio yo te convidó.

Tan solo resta el decirte que mañana morirás,

y justo el tiempo tendrás
si quieres arrepentirte.—

D. Juan pasmado quedó:
pero sin respetar nada
su pistola amartillada
hacia el fantasma apuntó.

La sombra dijo al momento:
—No puedes conmigo, no.—
Y se desapareció
al punto del aposento.

Seguido de esto después,
se le presentó a Tenorio
con un sudario mortuorio
la sombra de D.^a Inés.

Y ésta le dijo también:
que D. Juan se salvaría,
si por acaso seguía
por el camino del bien.

Y le dijo con ternura,
que sus almas se unirían,
y eternamente estarían
en la misma sepultura.

Ya Inés desapareció;
y D. Juan fuera de sí
con ardiente frenesí

sus amigos despertó.

Y les dijo con enfado
sin darles satisfacciones,
que ellos, aquellas visiones
las habían inventado.

Centellas, dijo al instante
con reconcentrada ira:
—Tenorio, eso es mentira;
tu eres un vil tunante.

Tu nos has hecho dormir
con narcótico en la comida,
para burlarte en seguida
de nosotros, y reir.

Pues se ha de acabar tu brío
y tu vida pervertida,
salgamos fuera en seguida
Tenorio, te desafío.—

Y D. Juan cual lobo hambriento
le dijo de esta manera:
—Capitán salgamos fuera
a batirnos al momento.—

Los tres donceles salieron;
y uno y otro Capitán,
de la espada de D. Juan
en el instante murieron.

CONCLUSIÓN

D. Juan al fin se aburrió;
ya le cansaba la vida;
y al panteón en seguida
angustiado se marchó.

El pecho le palpitaba;
entróse al recinto, y luego,
aquel silencio y sosiego
hasta miedo le causaba.

Y lo que le causó horror
fué el monumento fatal
que encima del pedestal
ya no había el Comendador.

Se acercó a él y llamó,
¡oh qué horrible aparición!
Se desplegó el panteón
y la estatua apareció.

Fúnebre mesa enlutada
dentro el panteón había,
un fuego fátuo que ardía

y ceniza amontonada.

También un reloj de arena,
murciélagos, sapos, serpientes;
y estos fatales presentes
dieron a Tenorio pena.

Y dijo la estatua luego:
—D. Juan, ya servido estás;
te doy lo que tu serás,
antes de ceniza, fuego.

¿Ves este reloj de arena,
símbolo de la existencia?
Pues pide a Dios su clemencia
que llegó tu última pena.

Si pesares aún no sientes
pronto los vas a sentir;
mucho tendrás que sufrir
si ahora no te arrepientes.

Tu orgullo se acabó ya;
tu poder ya se quebranta;

si la muerte no te espanta
ella con tí acabará.

Tente segura y presente
esta triste realidad,
que hasta a la eternidad
sufrirás horriblemente.

Ya contado tienes ya
el tiempo que has de vivir,
pues hoy mismo has de morir
que escrito de Dios está.

Muestra el arrepentimiento
del mal que al mundo has causado
D. Juan, porque ha llegado
ya tu último momento.

Pues Dios Todopoderoso
que juzga a los criminales,
sabe bien todos tus males
y tu proceder odioso.

Tiembla Tenorio malvado,
tigre cruel sin corazón;
tu postrera conclusión
tendrá un fin desesperado.»

Luego se oyeron campanas
con plañidero tañido
y se vió el sitio esparcido
de tristes sombras livianas.

Los muertos se levantaban,
y esqueletos se veían
que sus cráneos movían
y a D. Juan se aproximaban.

Fuegos fátuos tembloñosos
alumbraban el espacio
de aquello que fué un palacio
en tiempo más venturoso.

Pasó un entierro en seguida
en el recinto mortuorio,
y era el de D. Juan Tenorio
pues era muerto con vida.

La estatua volvió a decir:
«Tenorio, rabioso perro:
mira ¿ves? este es tu entierro;
ya has dejado de existir.

El Capitán te mató
a la puerta de tu casa.
Mira bien lo que aquí pasa
y olvida lo que pasó.

Ya tu vida maldecida
se ha cortado de raíz:

dame la mano infeliz
en señal de despedida.»

La estatua cogió la mano
de Tenorio en el momento,
y le dijo en duro acento:
«Vente al infierno conmigo.»

Tenorio desesperado
ya su mano retiraba,
pues lo que allí le pasaba
dejóle aterrorizado.

Gritaba, se retorció
con extremado delirio,
pues tan horrible martirio
no conoció todavía.

Lleno de espanto y horror
y cruel desesperación,
con todo su corazón
aclamaba al Criador.

Su rabia se trocó en llanto,
de su mal se arrepentía
diciendo: que ya creía
en Dios Poderoso y Santo.

Luego Inés apareció
como del Sol un destello,
y hermosa cual ángel bello
de esta manera exclamó:

«Tristes campanas, cesad:
sombras y espectros, huid;
D. Juan Tenorio venid
conmigo a la eternidad.

Que en mi tumba mortuoria
nuestros cuerpos se unirán,
y eternamente estarán
gozando de pura gloria.

Pues Dios ya te ha perdonado
porque de tí ha comprendido,
que te ves arrependido
del mal que al mundo has causado.

Las campanas ya cesaron;
los espectros que salieron
todos desaparecieron
y los fuegos se apagaron.

La estatua a D. Juan dejó;
y como a extraña visión,
encima de su panteón
petrificado quedó.

Fria ya y sin movimiento,
se cerró el panteón todo

quedando del mismo modo como antes, el monumento.

Pues a la voz de Inés pura, todo desapareció y al mismo instante se abrió su preciosa sepultura.

Era hermosa y peregrina, muy bella y encantadora; era una radiante aurora, era una cosa divina.

Con mil luces deliciosas de radiantes resplandores, con purísimos olores perfumados por las rosas.

Formábase allí entre nubes de color de rosa y oro, un riquísimo tesoro entre ángeles y querubes.

Y en su fondo un resplandor brillaba como una gloria, como símbolo o memoria del más purísimo amor.

Aquello era el desposorio de aquellos seres amantes hasta la muerte constantes D.^a Inés y Juan Tenorio.

Ante la tumba postrados con faz bella y placentera, estaban de esta manera

aquellos enamorados.

Y así abrazados los dos con ternura y sentimiento, con dulce y sonoro acento invocaban al Gran Dios.

Sus corazones latían débiles y amortiguados, y aquellos seres amados del mundo se despedían.

Una música armoniosa atentamente escuchaban, y perfumes aspiraban de aroma, clavel y rosa.

Quedaron por fin rendidos y tendidos se quedaron, ambos su boca besaron y así espiraron unidos.

De entre sus cuerpos salieron dos luces muy luminosas brillantes misteriosas, y al firmamento se fueron.

Aquí acabaron los dos, dulce suspiro exhalaron, y así que amando acabaron llevóse sus almas Dios.—

Si este es un caso ilusorio, da de un amor gran memoria: Aquí concluye la historia, del bravo D. Juan Tenorio.



(ES PROPIEDAD DE VDA. DE JUAN GRAU.)

REUS.—Véndese en la librería «La Fleca» de Vda. Juan Grau Gené, calle Aleus, 1. En la misma casa se halla un gran surtido de romances, sainetes, libritos, historias, comedias, aluluyas de redolines hojas de santos y soldados. Depósito de libritos para fumar y cajas de cerillas. Papel para escribir, sobres para cartas, plumas, palillos, etc., etc. Todo a precios muy baratos.

LIBRERIAS Y LIBROS DE SEÑAL EN VENTA

LIBRERIAS	LIBROS
Buenos Aires	Historia de la Republica Argentina
Rosario	Compendio de Gramatica Castellana
Cordoba	Diccionario de la Lengua Castellana
Buenos Aires	Historia de la Republica Argentina
Rosario	Compendio de Gramatica Castellana
Cordoba	Diccionario de la Lengua Castellana
Buenos Aires	Historia de la Republica Argentina
Rosario	Compendio de Gramatica Castellana
Cordoba	Diccionario de la Lengua Castellana
Buenos Aires	Historia de la Republica Argentina
Rosario	Compendio de Gramatica Castellana
Cordoba	Diccionario de la Lengua Castellana
Buenos Aires	Historia de la Republica Argentina
Rosario	Compendio de Gramatica Castellana
Cordoba	Diccionario de la Lengua Castellana
Buenos Aires	Historia de la Republica Argentina
Rosario	Compendio de Gramatica Castellana
Cordoba	Diccionario de la Lengua Castellana
Buenos Aires	Historia de la Republica Argentina

En esta tienda se vende todo lo necesario para la enseñanza de la lectura y escritura en los establecimientos de primera enseñanza.

Librería y Papelería "LA FLECA"

SUCESOR DE JUAN GRAU GENE

REUS — CALLE ALEUS, NÚM. 1 — REUS

HISTORIAS Y LIBRITOS QUE SE HALLAN EN VENTA

HISTORIAS

Amor de Madre.
Carlo-Magno.
Diego-Corrientes.
La Dama de las Camelias.
Las Espinas de una Flor.
La Flor de un día.
Flores y Blanca Flor.
Caballo de Madera.
Guerra de Africa.
D. Juan Tenorio.
Juan Portela.
D. Juan Prim.
Pierres de Provenza.
Rosaura de Trujillo.
Nuestra Señora de Misericordia.
Santa Genoveva de Brabante.
Julieta y Romeo.
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.
Luis Candelas, el famoso bandido
Aladino o la lámpara maravillosa
Roberto el Diablo.
La Diosa de los Mares.
Cristóbal Colón.

LIBRITOS

Galanteos.
Chistes y agudezas de Bertoldo.
Felicitaciones.
Conquistas.
Cortejar.
Rueda Enamorados.
Quevedo, chistes y agudezas.
Cartas de Amor.
Cartas de Amor (apaisado).
Nueva Cocinera.
Sueños y Planetas.
San Cipriano y Santa Justina.
Saldoni y Margarida (4 partes).
Llibre de Festejá.
Canciones para Navidad.
Passió y Mort de Jesucrist Nostre Senyor.
Canciones para el Mes de María.
Modo de resar lo Rosari.
Oración de San Agustín.
San Antonio y el Angel de la Guarda.
Vida de San Aleix.

En la misma casa se halla de venta gran surtido de Juguetes, Muñecas, Bebés, Abanicos, Paraguas, Sombrillas, Petacas, Carteras, Tarjeteros, Naipes, Juegos Dominó y Libritos para fumar.